



Obra en cerámica / Ma. de los Ángeles Beltrán Navarro.

Muerte, literatura y ciencias sociales: Reflexiones en torno a las necroescrituras

Edgardo Íñiguez
Universidad de Guadalajara

*No hay palabras para los muertos,
tampoco las hay para la muerte.
Las hay para el desecho de la muerte,
para la sobrevivencia, acaso para
los sobrevivientes.*
(Raymundo Mier)

Resumen

La violencia y la muerte se presentan como una realidad cotidiana y normalizada en el México actual. El objetivo del presente texto es reflexionar en torno a las nuevas relaciones entre las humanidades y la literatura ante este cambio epistemológico. Se trata de mostrar el tejido que da forma al análisis literario a partir del concepto de necroescrituras y los lazos entre aquél y la literatura mexicana de autoras y autores nacidos a partir de 1970. Por una parte, se pretende señalar algunas prácticas epistémicas en lo que se refiere al estudio de las humanidades y sus implicaciones en la concepción de los seres y las actividades humanas; por

**Interpretextos**

18/Otoño de 2017, pp. 21-43

otra, se plantean algunas características de las necroescrituras y de herramientas metodológicas que permiten el acercamiento del texto literario; por último, se enuncia cómo aparecen rasgos de este tipo de escritura en algunas obras de las letras mexicanas, en particular en textos de reciente publicación.

Palabras clave

Necroescrituras, literatura mexicana, análisis literario.



Nahual y Tonal (fragmento) / Ma. de los Ángeles Beltrán Navarro.

Death, literature and social sciences: Reflections about death scripts

Abstract

Violence and death are normalized and presented as a daily reality in today's Mexico. The aim of this paper is to reflect on the way that new relations between humanities and literature work, faced with this epistemological change. The goal is to exhibit the tissue that shapes the literary analysis from the concept *necroescrituras* (necro-writings) and the bonds between the former and Mexican literature of authors born after 1970. On the one hand, it is intended to point out some epistemic practices in what concerns to the study of humanities and their implications in the conception of human beings and their activities. On the other hand, we present some properties of the necro-writings and of methodological tools that allow the approach of the literary text. Finally, we expose how traces of this type of writing appear in some works in Mexican literature, singularly in recently published texts.

Keywords

Necroescrituras (necro-writings), mexican literature, literary analysis.



Introducción

El texto literario y las humanidades

El objetivo del presente texto es reflexionar en torno a la forma en que se establecen las relaciones humanas —en particular con discursos que se articulan desde la filosofía, la antropología, la historia y la sociología— y la literatura. Se trata de mostrar el tejido que da forma al análisis literario a partir del concepto de necroescrituras y la manera en que opera en la literatura mexicana de autoras y autores nacidos a partir de 1970. En la primera parte se esboza el quiebre epistemológico en lo que se refiere al estudio de las humanidades y sus implicaciones en la concepción de los seres y las actividades humanas; en la segunda se plantean algunas características de las necroescrituras y de herramientas metodológicas que permiten el acercamiento del texto literario; en la tercera se enuncia cómo aparecen rasgos de este tipo de escritura en algunas obras de las letras mexicanas, en particular en textos de reciente publicación.

Los enunciados, en cualquier tipo de discurso, se componen y remiten a elementos tanto extralingüísticos como pertenecientes a otros discursos. Si avanzamos en esta afirmación, es imposible hablar de un texto *encerrado en sí mismo*. Una paráfrasis del novelista checo Bohumil Hrabal (1997: 12-13) nos permitirá aseverar que el libro siempre envía al lector fuera del texto mismo o que funge, de acuerdo con Borges (1974: 747), como un eje que permite innumerables relaciones. Llevados más allá, ambos acercamientos impiden considerar una obra en términos de literatura pura o plantearla únicamente como literaria o autorreferencial. Lejos de esta falsa unidad, la escritura se sirve del sistema de la lengua y, en este último, confluyen formas de representar y de percibir el mundo.

Las perspectivas expuestas se pueden entender como intertextos; es decir, como: “La relación de co-presencia entre dos o más textos” (Genette, 1992: 10) o incluso como: “Transtextualidad

o trascendencia textual del texto” (Kristeva, 1978: 9).¹ Tales relaciones, sin embargo, exceden el universo de las tradiciones literarias que entran en diálogo, se abren a múltiples lecturas y requieren de otras disciplinas para el análisis y el debate con la sociedad y con las prácticas de esta última.

En efecto, un texto entabla relaciones consigo mismo, con otros textos —pertenecientes o no al canon, a la literatura o a la tradición de un país— y con el mundo referencial a la vez. Lo interdisciplinario caracteriza, pues, el ámbito de los estudios literarios. Las teorías se sirven de herramientas propias de otras áreas del conocimiento con los fines de proponer metodologías para comprender y analizar los géneros y subgéneros de la ficción. Este lazo no es nuevo: posturas como las de Welleck y Warren (1985) —cuya primera edición en español, a cargo de Dámaso Alonso, data de 1953—, Culler (1997), Goldmann (1995) o Lukács (1965), formulan modelos en que numerosos componentes de disciplinas humanísticas son imprescindibles en el análisis: los diferentes posicionamientos teórico-conceptuales devienen una parte fundamental durante el proceso de elaboración de sentido de los textos literarios.

De acuerdo con Mijail M. Bajtín, el pensamiento humanístico de distintos campos del saber interviene en lo liminal; es decir, en los espacios fronterizos, en los empalmes y en los cruces que permiten establecer relaciones entre la literatura y las disciplinas como la lingüística, la sociología, el psicoanálisis, la filosofía o la historia, entre otras. El pensador ruso continúa su argumentación afirmando que el texto, como única realidad inmediata, se convierte en el espacio propio y privilegiado para ejercer la investigación y las reflexiones; que toda área de conocimiento interviene a partir del texto (Bajtín, 1982: 294-296), puesto que: “Los elementos extralingüísticos (dialógicos) también penetran dentro del enunciado” (p. 300).

La formación discursiva de una obra literaria está marcada por contener una diversidad de discursos que remiten al entramado de

¹ Las traducciones libres del francés son más.



una realidad. Esta última conforma un tejido complejo. Sobre este punto, Roland Barthes (1997: 18) nos dice: "Nadie puede, sin preparación, insertar su libertad de escritor en la opacidad de la lengua, porque, a través de ella, está toda la historia, completa y unida al modo de una Naturaleza". Ese texto que se inscribe en una suerte de totalidad entra en juego en los momentos tanto de la escritura como de la lectura; a pesar de inscribirse en un contexto preciso, hace alusión a lo que Bajtín llama la gran historia. El autor ruso opone dicho concepto al de pequeña historia, entendida como una contextualización inmediata de la que resultan lecturas parciales y sesgadas.

Mi intención no es profundizar en el itinerario que ha seguido la teoría literaria y la forma en que esta última se nutre de otras disciplinas. No obstante, cabe resaltar algunos estudios que han mostrado la necesidad de establecer vínculos con las ciencias humanas desde finales del siglo XX, como los culturales, que visibilizan, entre otros factores, la manera en que las categorías de etnia y de clase social infieren en la construcción y la representación de un yo cualquiera. El conjunto de teorías en cuestión se relaciona con otras, los acercamientos poscoloniales, de género o la teoría de los polisistemas, entre otros. De dichos modelos emanan propuestas de lectura a partir de lo interdisciplinario y lo multidisciplinario, características que imponen a sus respectivos objetos de estudio.

Por otra parte, metodologías más recientes revelan que no hay fronteras absolutas o herméticas, e incluyen áreas de especialización provenientes de las ciencias consideradas duras o exactas. Entre éstas se encuentran, por ejemplo, la biología, la física y las neurociencias. Tales son los casos de la ecocrítica, que da un trascendente papel al entorno natural como otro determinante, el cual participa en la construcción de conciencias individuales y colectivas (Schmidt, 2009: 95), y de la neuroliteratura, que parte del descubrimiento de las denominadas *neuronas espejo*.²

² El hallazgo de las neuronas espejo ha recibido muchos cuestionamientos. La principal que, por el momento, sus propiedades fisiológicas pueden ser probadas únicamente en laboratorios bajo condiciones muy específicas. No obstante, *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción* (2013), de Jorge Volpi, se desarrolla en torno al concepto en cuestión. A pesar de las críticas que se puedan esgrimir contra su cientificidad, el ensayo constata la resonancia de una teoría relacionada con las neurociencias en el estudio de la comunicación humana regida por signos, en particular, de la literatura.

El giro epistemológico de lo humano

Las teorías humanísticas han sufrido transformaciones significativas en años recientes. Factores de órdenes sociales, culturales, geopolíticos o económicos influyen en el desarrollo del pensamiento: una globalización ultracontemporánea, marcada por lo simultáneo, lo ubicuo, lo sistémico y lo productivo; las dinámicas de los procesos culturales, las estructuras y el tejido social —fragmentados e inestables—, la cultura de masas y una multitemporalidad que afirma la existencia de una suerte de presente lejano, proyectado hacia el futuro o hacia el pasado. Dicho presente termina cualquier posibilidad de teleología, reconfigura el espacio y las formas de comprenderse y de comprender el mundo, a los otros y de entender lo humano.

El presente multitemporal —o de la ausencia— genera, a su vez, nuevas posibilidades de subjetividad. Aunado a ello, hay una inclusión cada vez mayor, una prerrogativa de la individualidad en los campos de las teorías científicas bajo la forma de mutua modificación entre sujeto y objeto; entre el observador y la materia observada.

Así pues, según los postulados de la física cuántica, la percepción y, sobre todo, la racionalidad no son únicamente medios de la mente para aprehender y organizar la experiencia, sino que proponen formas de acción recíproca entre el que investiga y lo que analiza. El observador modifica lo observado, y el objeto, por su parte, puede expresarse de manera libre, espontánea e imprevisible. De esta forma se rompe la lógica cartesiana que situaba al sujeto en un lado y a la naturaleza en el otro, representada como un libro que se podía entender si se conocía el código que la gobierna.

Mientras que la primera postura se encarga de dictar las características o de constreñir lo real a ciertos esquemas rígidos, la segunda propone un encuentro en donde el mundo se manifiesta al sujeto y éste cambia de acuerdo con aquél. El experimentador interviene y se convierte así en otro componente del sistema experimental. Más que un proceso de observación y de clasificación



racional, estos principios se basan en una confluencia mutua entre el sujeto y el objeto (Vianello y Camazza, 2002: 37).

El cambio epistemológico en cuestión podría entenderse bajo el concepto de conocimiento situado como lo propone Donna Haraway. La autora estadounidense señala que no hay objetividad en la construcción de un conocimiento cualquiera. Nuestras *tecnologías semióticas*, para lograr significados, pueden ser compartidas: cada sujeto se representa de manera parcialmente fidedigna el mundo real e interactúa con el otro a partir de sus propias vivencias. Uno de los principales problemas de este tipo de conocimiento se inscribe en los proyectos de libertad, de abundancia, de consecución de una felicidad limitada o en el sentido que adquiere el sufrimiento. En otras palabras, en dicha tarea no predomina la abstracción que permitiría comprender el mundo de forma objetiva como lo asegura la racionalidad moderna. Expresado en la terminología de Bajtín (1982: 388), de la misma forma que cualquier proceso para crear entidades vagas o ideales, el conocimiento que proviene de dichas abstracciones complejas funciona sólo como un concepto inoperante, que se ubica fuera del tiempo y del espacio.

Por el contrario, según ambos teóricos, los diferentes saberes se generan en torno a las subjetividades, surgen de las concreciones, de las experiencias corpóreas —para una— y dialógicas —para el otro— de los individuos. Esta multiplicidad origina formas particulares de conocimientos que llevan a cada sujeto a apropiarse de la experiencia, a aprehender y a interpretar desde su propio posicionamiento (Haraway, 1995: 319-323).

Ante este panorama se discute y se pone en tela de juicio el concepto mismo de lo humano, tal como lo fijó el pensamiento de la modernidad occidental. Términos como *posthumano* para expresar —según Rosi Braidotti— el final de la oposición histórica entre humanismo y antihumanismo, entran en circulación. Lo posthumano afirma la muerte de la entidad antihumanista *hombre/mujer* implícita en presupuestos provenientes de la ilustración, a saber, el progreso de la humanidad a través de una racionalidad regida por un fin orientado teleológicamente que volvía a creer en la perfectibilidad del ser humano. Más que centrarse en

las crisis del sujeto y de las humanidades, Braidotti formula nuevas conceptualizaciones de una subjetividad posthumana. Esta última se caracteriza por una *segunda vida*, que aparece en la era digital, con las diferentes pantallas frente a las que nos situamos para producir y apropiarnos del presente, las comidas genéticamente modificadas, las nuevas técnicas reproductivas o las prótesis (Braidotti, 2015: 51-52).

A partir de la denominada decadencia del humanismo y de las humanidades, el pensamiento humanístico trataba de indagar y reflexionar sobre las ideas, signos, voluntades y expresiones (Bajtín, 1982: 294) propias o ajenas; cercanas o no en el tiempo y en el espacio, se hacen preguntas en torno a la validez de la vida humana, del papel de lo humano en nuestra época, de la validez del término *humanidad* y del valor que una vida puede adquirir, de cuerpos que importan más que otros, para retomar a Judith Butler (2002), o qué hacer con la población perteneciente al cuarto mundo, a saber, desventurados que —en los países de primer mundo— viven en condición de absoluta precariedad (Mbembe, 2011: 26).

Las preguntas a que dan pie lo posthumano se plantean evadiendo la retórica de la crisis del hombre que proviene del antihumanismo. En ese sentido se trata de una búsqueda ante los problemas y las rupturas que nacen de las oscilaciones entre el centro y las periferias antihumanas. Dicha teoría dirige sus esfuerzos hacia una historia y un proyecto plenamente posthumanos.

Estas formas de entender el estudio y la manera de delimitar y de abordar las humanidades se podrían leer desde la propuesta de Jacques Derrida —en particular, en lo tocante a la deconstrucción de las diferentes disciplinas en el ámbito universitario—. El proceso, como lo expone el filósofo francés, no se desarrolla en torno a una negación absoluta o a la demolición de las teorías existentes. Se trata, más bien, de una reconsideración o una revaloración; de un intento de comprender y de reformular principios, de manera que estos últimos se adapten mejor a las problemáticas que surgen en el transcurso del tiempo en torno a los campos de las ciencias humanas (Derrida, 2005: 45).



Necropolíticas y necroescrituras

La muerte y la acumulación de capital

En el caso de México, una de las líneas de discusión sobre el valor de lo humano se reformula desde una violencia generalizada y anómica que —de acuerdo con Anadeli Bencomo (2011: 15)— desborda los conocimientos tradicionales de las ciencias sociales. Por una parte, los saberes, las herramientas e, incluso, los cuestionamientos en torno a las humanidades han sufrido un quiebre en la *episteme* que las regía como disciplinas y se han visto obligadas a reformularse para dar cuenta de actos, políticas, discursos y prácticas que las exceden; por otra, la relación que éstas sostienen con la literatura se desarrolla bajo nuevas condiciones, alrededor de una presencia constante de la muerte que hace las veces de *axis mundi* y se vuelve una parte esencial de las experiencias y del sentido que puede atribuírseles a éstas. La conceptualización de las necroescrituras da fe de los vínculos mencionados.

El término fue propuesto por Cristina Rivera Garza (2013) en su ensayo *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación*. Se trata de un neologismo que establece una estrecha relación entre la escritura y la muerte, no bajo la forma de las metáforas que han sido enunciadas, expuestas, cuestionadas o retomadas en diferentes épocas y tradiciones literarias, sino como una presencia latente, como un componente más de la realidad cotidiana. A decir de la propia autora, es una literatura que “[...] da cuenta de una sociedad de mortandad, dominada por un Estado que sustituye la ética de la responsabilidad para con los ciudadanos por la lógica de la ganancia extrema” (Rivera Garza, 2013: 20).

El concepto evidencia su raigambre en las necropolíticas, tal como las entiende Achille Mbembe: un giro radical en la interpretación de las relaciones entre el Estado y los miembros de la sociedad. De acuerdo con la lectura del camerunés, la soberanía —manifiesta en su expresión última— reside en la capacidad de decidir quién puede vivir y quién debe morir. La soberanía, enten-

dida de esta forma, ejerce un control sobre la muerte y en la vida como un ejercicio de poder. Las necropolíticas son así, el envés de las biopolíticas de Michel Foucault (Mbembe, 2011: 19-20).

En la sociedad mexicana actual, las necroescrituras encuentran un eco en la reflexión filosófica de la muerte, reflexión que se origina en campos humanísticos para expresar el miedo, el horror y la intención de aniquilar —en el sentido de reducir a nada— lo humano de los individuos en muertes absurdas y carentes de sentido. Sayak Valencia propone el término *capitalismo gore* para reinterpretar los espacios —particular, pero no exclusivamente los fronterizos, como el de Tijuana— ante las nuevas condiciones que impone una economía hegemónica y global. El concepto hace referencia a la violencia injustificada, a la sangre y al cuerpo como precios que paga el tercer mundo para inscribirse en las lógicas capitalistas.

En este tipo de sociedades y de Estados predominan los:

Cuerpos concebidos como productos de intercambio que alteran y rompen las lógicas del proceso de producción del capital, ya que subvierten los términos de éste al sacar del juego la fase de producción de la mercancía, sustituyéndola por una mercancía encarnada literalmente por el cuerpo y la vida humana, a través de técnicas predatorias de violencia extrema como el secuestro o el asesinato por encargo (Valencia, 2010: 15).

La muerte se ha transformado en una divisa. A la destrucción lenta, dolorosa, espectacular del cuerpo le sobreviene un producto, una mercancía. Los decesos y las desapariciones se amalgaman con el crimen organizado y con el género, la etnia y la clase social que determinan a los sujetos para establecer el predominio de la ultraviolencia. He ahí la base del proceso de acumulación de capital. El acopio de cuerpos, la contabilización —o, mejor dicho, la pérdida de la cuenta— determinan el intercambio: a mayor muerte, mayor poder, mayores recursos. La muerte es el negocio más rentable de esta forma de capitalismo (Valencia, 2010: 16).

Las preguntas que (se) formulan pensadoras como Sayak Valencia o la misma Cristina Rivera Garza se desarrollan alrededor de una lucha por recuperar lo humano de la humanidad frente al horror de la violencia extrema y de la muerte: la espectacularidad y



lo sanguinario de los crímenes, la impunidad y la incapacidad del Estado para asegurar el bienestar de la población (Rivera Garza, 2013: 18). La realidad producida por un capitalismo que se basa en el necropoder, la violencia y el narcotráfico entre otros tipos de tráfico dentro de las sociedades y la aparición de sujetos endriagos, entendidos estos últimos como una re-presentación de la figura mítico-simbólica proveniente del *Amadís de Gaula*. Se trata de un monstruo híbrido entre hombre, hidra y dragón. Esta bestia está fuera de sí, habita las regiones infernales, territorios inhabitables para otros seres. En la conceptualización de Valencia (2010: 15-20) se trata de individuos que se sirven de la violencia, de la intimidación, de la muerte, para alcanzar una legitimidad económica.

Las necroescrituras

Alejada del sentido figurado que ha adquirido en diversas tradiciones literarias y puesta con relación al acto mismo de la escritura, la presencia constante de una muerte inscrita en la vida, en la realidad del país, impone algunas preguntas: ¿cómo modifican la creación literaria los cambios en la estructura del mundo y de las sociedades occidentales? ¿Qué tipo de acercamientos podemos hacer a este tipo de escrituras? ¿Cómo infieren la violencia social y la muerte en la ficción? ¿Cómo asumir la globalización y las crisis económicas y políticas de la actualidad? Dichos cambios modifican, a su vez, la escritura y las maneras de analizarla; los géneros, las formas y los medios de escritura; las estéticas y las temáticas.

La mencionada experiencia de la muerte cotidiana replantea la relación de las humanidades con la literatura. Para Rivera Garza (2015) las necroescrituras se enfrentan al poder por medio del lenguaje. Uno de los rasgos característicos de la instauración de las necropolíticas es desobjetivizar o, en otros términos, extraer, expulsar al individuo del lenguaje, de la producción discursiva. Fuera del sistema de signos que permite representar el mundo y fijar redes simbólicas, los individuos están deshumanizados. Frente a esta objetivación del sujeto a las condiciones de los medios de produc-

ción y a la extrema mortandad, deben existir nuevas formas de escribir y de leer. Debido a este ejercicio del poder, la interpretación del texto literario se ejerce desde un cierto tipo de dialogismo. La artífice de *Nadie me verá llorar* entiende el concepto en términos de desapropiación: la figura del escritor se desapropia del privilegio de la autoría y, por ende, de cualquier atisbo en la producción de sentido del texto. La atención de este modelo interpretativo se centra en el tercer elemento de la triada literaria (autor/a, texto, lector/a).

Esta forma de establecer procesos, tanto de escritura como de interpretación y de análisis, encuentra fuertes resonancias con la crisis de la autoría —vinculada, a su vez, con la crisis del yo— que propugnaban Barthes, Foucault y Derrida a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta del siglo pasado. No obstante la prerrogativa que la postura de los pensadores franceses confiere al lector: “En lugar de apropiarse del material del mundo que es el otro, se desapropia” (Rivera Garza, 2013: 22). En ese contexto, las necroescrituras parten de un tipo de dialogismo, a saber, el de la desapropiación.

Las prácticas escriturales reciben el nombre de *desapropiación*, debido a que se practican en condiciones de extrema mortandad y en diferentes tipos de soporte que van del papel impreso a los medios virtuales —libros electrónicos, *blogs*, escritura en *Twitter*, experimentos de escritura colectiva a través de redes sociales, entre otros—. Esta última es, probablemente, la característica medular en la desaparición definitiva de la figura autoral como la conocemos tradicionalmente; es decir, bajo una metafísica de la presencia que parte de un centro o de un origen unificado y unificador que articula y da sentido a cualquier texto (Derrida, 2005: 42-43). La posibilidad de escrituras virtuales, la reescritura, el *collage*, la excavación, la yuxtaposición o el pastiche, rompen con la idea de autor heredada del Romanticismo, y ponen de relieve la presencia de otro tipo de muerte: la simbólica, en el caso de la literatura.

En consonancia con la aludida metafísica de la presencia, para la escritora mexicana Rivera Garza (2013), el proceso de escritura y de lectura debe ser entendido de acuerdo con el térmi-



no *comunalidad*, que ve su nacimiento en la antropología *mixe*. De la misma forma que el conocimiento situado de Haraway y la imposibilidad de ubicar temporal y espacialmente cualquier abstracción, como afirma Bajtín (1982), la teoría antropológica de la comunalidad, según la entiende Floriberto Díaz (1982), se expresa a partir de elementos que la hacen concreta y que implican un estar-en-común, un estar para el otro y por el otro (Rivera Garza, 2013: 276-278).

Hacia un modelo de lectura

La participación activa del autor y lector en el texto como espacio de diálogo, impone un modelo de lectura que pone de relieve el lenguaje y dialogismo como formas de oposición al necropoder, impuestas en la actualidad mexicana. En el presente apartado se esbozan algunos trazos del acercamiento a la obra literaria a partir de las teorías de Mijaíl Bajtín, las ciencias culturales y la sociocrítica.

La lectura propone interpretaciones que faculta la condición de ese estar-en-común, un lenguaje compartido que reconocemos como ajeno, que nos atraviesa, pero que permite ir hacia el otro. En dicho proceso intervienen elementos que encuentran ecos, un parangón, en la filosofía de la otredad, en particular en los posicionamientos de Bajtín. En efecto, el acontecimiento puede transformar a un individuo en un devenir dinámico, en copartícipe de los sucesos de la vida. Se trata del planteamiento de un sujeto siempre con relación al otro, que da la primacía y la preeminencia al otro, que lo sitúa como un componente esencial en la conformación de cualquier conciencia. De esta forma se puede establecer una lectura y una experiencia éticas y estéticas de la literatura.

Para tal fin es necesario un punto de apoyo fuera del lector mismo, el ejercicio de una fuerza real a partir de la cual el yo podría verse a sí mismo como si fuera el otro y, así, establecer relaciones no sólo en el acto creador, sino en la interpretación misma, en los entrecruzamientos que permiten la obra. Un proceso que va de

los elementos significativos de cada texto literario a lo liminal, que concreta y que da valor a la experiencia.

La desaparición de la figura autoral y del texto, como un espacio compartido que postula Rivera Garza, se podría fundamentar en la postura de Bajtín (1982: 297), donde la lectura de las necroescrituras se desarrolla sobre el hecho que permite un espacio dialógico, en otros términos: "Sobre la frontera entre dos conciencias, dos sujetos".

El análisis y la interpretación del lenguaje literario se efectúa de la misma forma que los actos humanos, compuesta por tres componentes: yo-para-mí, yo-para-el-otro y otro-para-mí. En este ciclo hay un movimiento del signo lingüístico que permite la elaboración de sentido; de la misma forma que en la física cuántica, el texto deviene concreción, espacio compartido entre autor y lector, lugar de encuentro, pero de manera tensa y conflictiva ante un presente inexplicable.

Fuera de cualquier generalización, la lectura de estas necroescrituras a partir de la desapropiación del lenguaje no es, en ese sentido, más que otro acto humano. En consecuencia, este último se basa en los acontecimientos concretos de la existencia individual. Este acontecer es el inicio de todos los sistemas de valores y las ideologías (Bajtín, 2000: 16), toma como punto de partida un presente que se inscribe en movimientos históricos e impone una lectura interdisciplinaria.

Como se puede constatar, recursos provenientes de la antropología, la sociología, la filosofía y la historia inciden en la producción de sentido de las necroescrituras. Estos recursos vuelven la lectura un acto específico, situado en un tiempo y un espacio. Con esta finalidad, teorías como las ciencias culturales y la socio-crítica permiten establecer relaciones entre los elementos lingüísticos que conforman el discurso del texto literario y los elementos extralingüísticos que se encuentran en la base de dicha formación discursiva.

Por una parte, algunos teóricos de las ciencias culturales proponen que las estructuras lingüísticas evidencian un complejo entramado de representaciones, cuyo origen se encuentra en un



colectivo y en los conflictos sociales que emergen de este último (Hass, 2010: 6). Por otra, en uno de sus trabajos más recientes, Edmond Cros afirma que los textos literarios transcriben en signos y evocan algunas de las aspiraciones, las frustraciones y los problemas vitales que subyacen en una cultura específica. Las estructuras lingüísticas permiten establecer la relación entre el texto y el mundo referencial al que alude y posibilitan, a la vez, la actualización del sentido que adquiere en un contexto específico. Ambas perspectivas muestran que podemos comprender la esencia de una época por medio del lenguaje. Las diversas mutaciones que éste sufre dan cuenta del tiempo y del espacio en que se inscriben dichos cambios.

Así pues, el análisis de elementos culturales a través de métodos filológicos, contribuye a reconstruir una parte de la carga simbólica de los distintos imaginarios y a visibilizar la *episteme* en vigor. En la literatura hay una remodelación de parte del sistema de valores, de las normas, de las construcciones culturales y de las concepciones del mundo, existentes en el ámbito pretextual, y representadas en las obras (Cros, 2011: 36). Las teorías aludidas ponen de relieve las maneras en que el lenguaje literario da cuenta de un mundo referencial y se convierte en un elemento cardinal en el sentido y la organización epistemológicas del mundo. En el caso de México, de una *episteme* que normaliza los asesinatos, las desapariciones, el derramamiento de sangre en una guerra absurda como formas de acumular capital y de poner en práctica mecanismos de poder y de dominación.

Las necroescrituras en la literatura mexicana actual

En la producción de la denominada *generación inexistente*, es decir, autoras y autores nacidos a partir de 1970, existen —aunadas a la desapropiación del lenguaje— dos constantes vinculadas a las necroescrituras: la aparición cada vez más frecuente de México como uno de los ejes centrales de reflexión y la representación de la muerte desde una “*episteme* de la violencia”.

En cuanto al primer punto, autores como Tryno Maldonado (2009), Jaime Mesa (2017) y José Carlos González Boixo (2009) afirman que México no era una de las preocupaciones substanciales de escritoras y escritores de dicha generación. Sin embargo, esta tendencia inicial se ha ido modificando conforme la situación social se agrava. Las siguientes obras ponen al país y a la violencia que predomina como temas nodales de reflexión: *Cualquier cadáver* (2014) de Geney Beltrán Félix, *La casa del dolor ajeno* (2015)³ de Julián Herbert, *Teoría de las catástrofes* (2012) de Tryno Maldonado, *Falsa liebre* (2013) y *Temporada de huracanes* (2016) de Fernanda Melchor, *La fila india* (2013) de Antonio Ortuño, *Juárez whiskey* (2013) de César Silva Márquez y *Fiesta en la madriguera* (2010) de Juan Pablo Villalobos; entre otras.

Los conflictos de las obras apuntan a denunciar el aumento de la violencia, así como la decadencia del tejido social a partir de diferentes puntos de vista, pero regidos por la incertidumbre, por el silencio y por un miedo impuesto por los propios personajes ante las situaciones que confrontan. La descomposición de los protagonistas y de las relaciones que establecen, los juegos con el lenguaje simbolizan la descomposición del país.

En lo referente al segundo punto, Sayak Valencia asegura que la *episteme* de la violencia se presenta como una serie de prácticas —discursivas o no— que establecen figuras epistemológicas contemporáneas. Éstas exceden los que se consideraban

³ Obra de carácter híbrido que amalgama el ensayo histórico-literario con la actualidad del país y las propias vivencias y experiencias de Herbert durante el proceso de escritura.



modelos adecuados para interpretar y dar sentido a la realidad. Hay, pues, una ruptura con los pactos de ética y en la aplicación de los discursos filosóficos en el mundo occidental frente a las nuevas condiciones económicas, sociales, políticas y culturales. Este quiebre en el orden del mundo y las herramientas para pensar los saberes impone la implementación de diferentes mecanismos de las necropolíticas (Valencia, 2010: 27). En palabras de Rivera Garza (2013: 20), es el: "Dominio de la muerte sobre el cual el poder ha tomado el control".

Una parte de la producción literaria reciente pone de manifiesto rasgos de este sistema de valores en vigor y de las estructuras que ejercen el poder desde la muerte. El análisis de diferentes subgéneros narrativos constata una oposición al necropoder. En el caso de la autoficción, hay un alejamiento de la identidad nacional que caracterizó a la literatura en la década de los años noventa del siglo pasado. Novelas como *El cuerpo en que nació* (2011) de Guadalupe Nettel, *Canción de tumba* (2011) de Julián Herbert o *Conjunto vacío* (2015) de Verónica Gerber, producen nuevas figuraciones del yo: en tanto que narraciones del sí mismo, privilegian a la intimidad como instrumento para interpretar los cambios y los procesos históricos.

En las obras mencionadas hay una tensión dialógica e intersubjetiva de los espacios público y privado. Tal tensión rompe con la manera tradicional de comprender ambos territorios. En consecuencia, hay un apremio del sujeto de mostrarse de manera pública, de unir las experiencias y las vivencias del yo con la sociedad (Negrete Sandoval, 2015: 226). El espacio para este giro en la atribución de sentido de los acontecimientos tiene lugar en el texto y enlaza la representación de un yo cotidiano, que aparece figurado en el texto, con el lector. La lectura de los sucesos históricos se convierte en un diálogo de individualidades desde el ámbito de lo privado que incluye la vida cotidiana del autor, entreverada con sucesos históricos pertenecientes a diferentes temporalidades.

Por su parte, la novela policiaca, como producto privilegiado de la racionalidad moderna, vuelve a la resolución del crimen al final de las narraciones; sin embargo, deja de lado la deducción

lógica que aspira a una verdad y a un saber que otorga sentido a los acontecimientos (Choi, 2012: 50). Los protagonistas conflictivos de *La balada de los arcos dorados* de César Silva Márquez, de las series del periodista de nota roja *Casasola*, de Bernardo Esquinca y de *Malasuerte*, de Hilario Peña, cierran los casos por causa del azar, generan un presente a partir del absurdo y, en ocasiones, de lo sobrenatural. Dichos elementos articulan textos ligeros en apariencia. No obstante, plantean el anhelo de la reconstrucción del tejido social a partir de una forma diferente de ejercer el uso de la razón, de aprehender el mundo y de dar cuenta de las experiencias.

Consideraciones finales

Las diferentes formaciones discursivas que se elaboran en los textos enumerados se vuelven una suerte de materialidad de lo inmaterial: estéticas que parten de un *ethos* exponen, enfrentan, subvierten o modifican de manera simbólica los poderes y los peligros que subyacen en la sociedad y, principalmente, en las estructuras impuestas por las necropolíticas neoliberales. Imaginan otros escenarios, reconfiguran el espacio, al otro, al yo y las relaciones posibles entre éstos. Los dispositivos de tales obras ponen de relieve una afirmación de John Heritage, que: "El mundo se revela en el lenguaje y las relaciones sociales se alcanzan a través del lenguaje" (Valencia, 2012: 18-19).

La lectura de estas obras se dirige hacia la producción de un presente, hacia el desasosiego y la angustia, pero también hacia la reflexión y, ulteriormente, a la resiliencia: a la posibilidad de encarar la violencia de manera simbólica. Las estructuras lingüísticas y narrativas tienden a una oposición, al discurso del poder. Si bien emergen de una sociedad donde las prácticas de las necropolíticas se presentan como una realidad normalizada, que atenta contra la vida e incluso contra la condición humana, la interdependencia de autores y lectores respecto a un lenguaje que no poseemos sino que nos atraviesa, que posibilita la pertenencia mutua, el diálogo



estético y ético sobre una escritura basada en la presencia de la muerte, pero opuesta al logos del necropoder predominante en la cultura mexicana actual.

La experiencia estética del lector se genera por medio del dialogismo y de la apropiación que pone de relieve un presente violento, en el que predomina la muerte. Este rasgo genera una desapropiación posterior: tras el proceso de diálogo en el espacio del texto, hay un alejamiento estético debido a la carga de violencia a niveles lingüístico y de composición de la trama. Dicho alejamiento evidencia el absurdo de las prácticas del necropoder, el necroempoderamiento y el capitalismo *gore* que caracterizan a un Estado fallido.

Esta literatura puede atribuirse —como lo concebía Derrida— al derecho a decir aquello que está vedado para otras disciplinas por el orden del discurso predominante. Si bien no se trata de expresar una verdad unívoca o de llegar a un consenso que elimine cualquier atisbo de diferencia, el dialogismo implícito en la interpretación del texto permite cuestionar, reflexionar, aseverar, imaginar posibilidades (otras de entendimiento), de aprehensión del mundo y de la realidad. El proceso de escritura y de lectura permite ejercer la capacidad de una resistencia crítica frente a poderes, estructuras o políticas injustas.

Las posibilidades de lo que Floriberto Díaz llama estar-en-común se dan en textos donde el autor y el lector conviven, pero que toman en cuenta los emplazamientos que habitan. El entrecruzamiento liminal de disciplinas humanísticas y literatura dan facultades tanto a autores como a lectores de imaginar, de experimentar bajo el título de ficción sobre las experiencias concretas de la vida humana, de hablar sobre la realidad vivida, de desmentir la lógica que da por sentada la violencia y la manera de asumirla por parte de los individuos; permite establecer un *topos* del acontecimiento, situaciones en el tiempo y en el espacio que personalizan los movimientos sociales y dan trascendencia a los actos cotidianos.

Los vínculos y reflexiones sobre las ciencias humanas y la literatura evidencian el interés de dar cuenta, por medio de la ficción,

de una sociedad degradada en busca de un sistema de valores legítimo, que se oponga a la muerte y a la violencia normalizada que priman en el país.

Este tipo de lectura interdisciplinaria, basada en la convivencia con la muerte, da movilidad a lo real, a lo vivido; impide establecer categorías estanco, permite ejercer la resistencia como espacio para la creatividad. En cuanto a dialogismo, confiere herramientas para una democracia inalienable y, en ese sentido, vuelve al punto de partida de las humanidades: interrogarse sobre la humanidad y sobre su condición en tiempos y espacios específicos.

Bibliografía consultada

- Bajtín, M.M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1997). *El grado cero de la escritura. Seguido de nuevos ensayos críticos*. México: Siglo XXI.
- Bubnova, T. (2000). Prólogo. En: M.M. Bajtín, *Yo también soy (Fragmentos sobre el otro)* (pp. 12-26). México: Taurus.
- Bencomo, A. (2011). Los relatos de la violencia en Sergio González Rodríguez: "Huesos en el desierto", "El vuelo" y "El hombre sin cabeza". México: *Andamios. Revista de Investigación Social*, 8 (15): 13-35.
- Borges, J.L. (1974). *Obras completas III*. Buenos Aires: Emecé. Pp. 747-760.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Choi, M.N. (2012). *La mujer en la novela policial: evolución de la protagonista femenina en cinco autoras hispanas*. Indianapolis: Palibrio.
- Culler, J. (1997). *Literary Theory. A Very Short Introduction*. Inglaterra: Oxford University Press. Hampshire.
- Derrida, J. (2005). El futuro de la profesión o la universidad sin condición (gracias a las humanidades, aquello que podría tener lugar mañana). En: T. Cohen, Jacques, *Derrida y las humanidades*. México: Siglo XXI. Pp. 45-83.
- Derrida, J. (1995). *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*. Valencia: Pre-Textos.
- Genette, G. (1992). *Palimpsestes. La littérature au second degré*. París: Seuil.
- Gereber Bicecci, V. (2015). *Conjunto vacío*. México: Almadía.
- Goldmann, L. (1995). *Pour une sociologie du roman*. París: Gallimard.
- González Boixo, J.C. (2009). *Tendencias de la narrativa mexicana actual*. Madrid: Vervuert / Iberoamericana.
- Haraway, D.J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.



- Herbert, J. (2015). *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*. México: Random House.
- Herbert, J. (2011). *Canción de tumba*. México: Random House / Mondadori.
- Hrabal, B. (1997). *Une Trop Brillante Solitude*. París: Gallimard.
- Kristeva, J. (1978). *Σημειωτική [Séméiōtiké]. Recherches pour une sémanalyse*. París: Seuil.
- Lukács, G. (1965). *Le Roman Historique*. París: Payot.
- Maldonado, T. (2009). *Intro. Grandes hits, Vol. 1*. México: Almadía. Pp. 7-20.
- Maldonado, T. (2012). *Teoría de las catástrofes*. México: Alfaguara.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolíticas. Seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. España: Melusina.
- Melchor, F. (2013). *Falsa liebre*. México: Almadía.
- Melchor, F. (2017). *Temporada de huracanes*. México: Almadía.
- Mesa, J. (2017). *100 protagonistas de la generación inexistente*. Consultado el 4 de octubre de 2016, en: <http://literalmagazine.com/100-protagonistas-de-la-generacion-inexistente/>.
- Negrete Sandoval, J.É. (2015). Tradición autobiográfica y autoficción en la literatura hispanoamericana contemporánea. México. *De Raíz Diversa*, 2 (3): 221-242.
- Nettel, G. (2011). *El cuerpo en que nació*. México: Anagrama.
- Rivera Garza, C. (2013). *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación*. México: Tusquets.
- Schmidt, E. (2009). La teoría ecocrítica y los estudios latinoamericanos: las relaciones cultura-naturaleza en la obra de Juan Rulfo Pedro Páramo y en Mantra de Rodrigo Fresán. En: A. Rieger, N. González de la Llana y L. Heinze Amaya (eds.), *Efectos de sinergia en los estudios hispanoamericanos. Literatura-lingüística-cultura* (pp. 95-108). Zurich: Georg OlmsVerlag.
- Silva Márquez, C. (2013). *Juárez whiskey*. México: Almadía.
- Silva Márquez, C. (2014). *La balada de los arcos dorados*. México: Almadía.
- Valencia, Sayak (2010). *Capitalismo gore*. España: Melusina.
- Vianello, M. y Camazza, E. (2002). *Género, espacio y poder. Para una crítica de las ciencias políticas*. Madrid: Cátedra.
- Villalobos, J.P. (2010). *Fiesta en la madriguera*. México: Anagrama.
- Volpi, J. (2011). *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción*. México: Alfaguara.
- Welleck, R. y Warren, A. (1985). *La teoría literaria*. Madrid: Gredos.

Recepción: Marzo 22 de 2016

Aceptación: Junio 20 de 2017

Edgardo Íñiguez Rodríguez

Correo electrónico: edagrdo.ir@gmail.com

Mexicano. Doctor en letras hispánicas por la Universidad de Perpiñán Via Domitia. Profesor-investigador del Centro de Estudios de Género en la Universidad de Guadalajara. Sus líneas de investigación están enfocadas al imaginario melancólico, la presencia de los mitos prehispánicos y representaciones de la feminidad y la masculinidad en la literatura mexicana de autoras y autores mexicanos nacidos a partir de 1970.



Tierra / Ma. de los Ángeles Beltrán Navarro.